

na que sostienen este singular pasage, exigen de los viajeros una módica retribucion.

Poco apartados de las orillas de Gambia en Mac-cotta recogimos pormenores bastante singulares acerca de una guerra suscitada entre Almaní Abdul-Kader, rey de Futa-Taura, y Damel, rey de los jannofs, á propósito de motivos religiosos. El primero envió al segundo un embajador, que le habló en estos términos: «Con este cuchillo, dijo, mostrándole uno, no desdenarás Abdul-Kader rasar la cabeza de Damel, si Damel quiere abrazar la fé de Mahoma, y con este, mostrándole otro, Abdul-Kader cortará la cabeza de Damel, si Damel rehusa: que escoja.» El rey de los jannofs contestó que no queria rasarse la cabeza, ni que se la cortasen: en su consecuencia Abdul-Kader penetró en el reino de Damel al frente de un poderoso ejército; pero fué derrotado y hecho prisionero. Damel le habló en estos términos:

—Si yo hubiera caído en vuestras manos, ¿cómo me hubierais tratado?

—Os atravesara el corazon con mi lanza, replicó Abdul-Kader: sé la suerte que me aguarda.

—Mi lanza se ha teñido en la pelea con sangre de vuestros súbditos, repuso Damel, ahora podria á mi placer enrojecerla de nuevo con la vuestra; pero esto no reconstruiria mis ciudades, ni volveria la vida á los hombres que han perecido: os retengo como mi esclavo.

Al cabo de tres meses Damel envió al rey de Futa-Taura á sus estados. ¿Nuestros héroes de Europa serian mas grandes que el generoso Damel?

Nos adelantábamos hácia el término de nuestro viage; al pasar por Baniserila dejamos á uno de nuestros slateas natural de aquel lugar. Este hombre nos invitó á ir á su casa, sus amigos le acogieron con grandes demostraciones de alegría.

El 12 de junio á cosa de medio día abrazaba al doctor Laidley en Pisanía, el cual me recibió con tanta alegría y sorpresa, que no me parecia sino que habia resucitado de entre los muertos. Los efectos que le habia dejado no habian sido ni vendidos ni enviados á Inglaterra, por lo que me apresuré á tomar el traje inglés y á arreglar mi barba.

Karfa reparó con mucho gusto mis nuevos vestidos; pero deploró que me hubiese cortado la barba, cuya pérdida, decia, me quitaba la figura de hombre para darme la de un niño.

El doctor Laidley tomó á su cargo satisfacer los empeños pecuniarios que habia contraído desde mi partida de Gambia, y sobre todo los que me ligaban á Karfa.

Hacia dos meses que no habia llegado á Gambia ningun barco europeo, y como hubiese comenzado la estacion de las lluvias, rogué á Karfa volviere hácia sus gentes, que habia dejado atrás por acompañarme hasta Pisanía. Con mucho sentimiento me abandonó el 14; pero como yo no tratase de abandonar á Africa antes de fin de año, le dije que esperaba volver á verle antes de mi partida. En esto me engañó: el 13 el Charlestown, barco americano, entró en el rio, lo que me permitió poco tiempo despues pasar á América, de donde me hice á la vela para Inglaterra.

NOTA ACERCA DE LA MUERTE DE MUNGO-PARK.

Mungo-Park se habia casado de vuelta de su primer viage, y vivia hacia algunos años con su familia,

cuando el conde de Buckingham le escribió invitándole que pasara á Lóndres, donde le informaron de la intencion del gobierno acerca de confiarle la direccion de una expedicion que debia penetrar en el interior del Africa. Mungo-Park aceptó; pero algunos cambios de política demoraron el viage; se le dió á entender lo conveniente que seria que se ocupase del estudio de instrumentos astronómicos y de la lengua árabe, lo que practicó en seguida con un celo digno de los mayores elogios.

Durante el año 1804 hizo Mungo-Park conocimiento con Walter Scott, que pasaba entonces la estacion de verano con su familia en las cercanías de la granja de Fowlshiels que habitaba Mungo-Park. Sus paseos los conducian muchas veces á orillas del Yarrow; Walter Scott encontró muchas veces á su nuevo amigo meditando sobre su futura empresa.

La órden de partida llegó al gobierno de las colonias á últimos de setiembre de 1800, y se decidió que la expedicion se compondria de Mungo-Park, que recibió el nombramiento de capitán de Africa; de su cuñado Mr. Anderson, que fué nombrado teniente; de Mr. Scott, empleado como dibujante, y de algunos carpinteros y otros obreros. La instruccion ministerial daba ademas á Mungo-Park facultades para llevar consigo hasta cuarenta y cinco hombres de la guarnicion de Gorea, y de tomar del tesoro real hasta la suma de 5,000 libras esterlinas.

La expedicion partió de Inglaterra el 30 de enero de 1805, y entró el 8 de marzo en el puerto de Cayá, islas del Cabo Verde, despues de una travesia peligrrosa.

Poco tiempo despues las gentes de la expedicion se hallaban reunidas en Kay, pequeña ciudad situada sobre Gambia, un poco mas abajo de Pisanía: alli se reunió á la caravana un marabú mandinga, llamado Isaac, que mas tarde habia de librarse con tanta sangre fria como destreza de los dientes de un cocodrilo, y hombre habituado á largas escursiones en el interior (1).

En su última carta escrita á Mr. Eduardo Kooke, subsecretario de Estado del departamento de las colonias, se observa que Mungo-Park tenia confianza en el éxito de su empresa, aunque su situacion era ya á propósito para darle inquietud del porvenir. La estacion de las lluvias que debia sorprenderle durante el viage, y el mal estado de la gente que debia acompañarle, eran motivos bastantes á hacerle diferir por algun tiempo la realizacion de sus proyectos; pero tuvo la debilidad de temer la censura del gobierno, y abandonó á Pisanía el 9 de abril de 1805.

El 9 de agosto de 1805 que llegó á Bammalsu, á orillas del Niger, no le quedaban mas que once hombres; habiendo ocasiones en que toda la caravana, excepto una persona, estuviera enferma. Mr. Anderson y el teniente Martyn, estaban enfermos, y monsieur Scott se habia visto obligado á quedar rezagado en Kuli-Kuli, donde murió antes de ver el Joliba.

Obtenido el permiso del rey de Segá para ir á Sandang, se proveyó Mungo-Park en esta ciudad de dos malas canoas que construyó el mismo de una sola, y de tres soldados que sobrevivieron á sus camaradas.

La muerte de Mr. Anderson produjo gran senti-

(1) Isaac, pasando á nado un rio, se salvó por dos veces de las mandíbulas de un cocodrilo, metiendo los dedos en los ojos del reptil; el dolor que le produjo este ardid, libró á Isaac de ser devorado.

miento. El 6 de noviembre dió de mano su relacion, escribiendo á su suegro, á sir José Bank, y á su muger; estas cartas muestran toda la estension de su cariño, poniéndolas con su diario en manos de Isaac.

Tales fueron las últimas noticias auténticas recibidas del célebre viagero.

La desgraciada catástrofe que terminó sus días, es tanto mas deplorable, cuanto que si son exactos los indicios recogidos, habia conseguido bajar el Joliba hasta mas allá de Tembuctu, y pereció en este rio, bien á causa de naufragio ó á mano airada. Segun noticias, llegaron á la ciudad de Yauri, en el reino de Yaur, donde compraron provisiones; el rey, segun parece, les invitó á aguardar su mensaje, pero llenos de pavor por su respuesta, se embarcaron á toda prisa, y bajaron por el rio hasta Bosa ó Bousa. Allí su embarcacion se estrelló contra una roca, y perecieron todos en las olas. Segun otros, hay motivos para creer que perseguidos tal vez por la venganza del rey de Yauri, Mungo-Park y los suyos, debieron ser atacados por los natifs situados en emboscada sobre alguna roca.

Los cristianos lanzados al rio, se ahogarian arrastrados por la rapidez de la corriente. Esta relacion hecha por un testigo desinteresado, conviene con la narracion mas detallada hecha á Isaac por Amadi Fatuma, negro al servicio de Mungo-Park en el momento de la catástrofe que termina su vida.

VIAGES, ESCLAVITUD Y SALVACION DE BEN SALOMON, PRINCIPE DE BUNDA (1).

La interesante historia que vamos á referir viene como de molde hoy que tanto se agita en los paises civilizados la cuestion del tráfico de negros.

En 1734 habia en Lóndres un negro llamado Job ben Salomon, á quien sus desgracias habian conducido allí. Habia nacido en la ciudad de Bunda, pais de los jolofes (2), en Africa. Su abuelo Hibrahema, Ibrahim ó Abraham, era el fundador de Bunda, en tiempo del reinado de Abubeker, entonces rey de Foota. Abubeker le concedió la propiedad y gobernacion de esta ciudad, con el título de alfa ó gran sacerdote, y el poder de crear leyes para este nuevo establecimiento. Una de las principales, declarar libres de la esclavitud á todos los que vinieran á buscar un asilo. Este privilegio que no concernia mas que á los mahometanos, contribuyó mucho á poblar la ciudad de Ibrahim. Despues de su muerte, las dignidades de gran sacerdote y principe, que eran hereditarias en su familia, pasaron al padre de Job. Muerto por esta época el rey Abubeker, tuvo por sucesor al principe Jelazi, su hermano, que encontrándose ya padre de un hijo, le confió á los cuidados de Salomon, padre de Job, para hacerle aprender el Alcoran y el árabe. Job fué por esta causa el camarada y condiscípulo del jóven principe. Jelazi vivió poco, le sucedió su hijo, que reinaba aun en 1735. Job no habia cumplido quince años, y asistia ya á su padre en calidad de iman ó sub-sacerdote. Casó al mismo tiempo con la hija del alfa de Tembuctu, que tenia á la sazón once años. A los trece le dió un hijo, á

quien pusieron de nombre Abdalla, y dos mas en seguida que recibieron los nombres de Ibrahim y de Sansbo. Dos años antes de su cautiverio, tomó una segunda muger, hija del alfa de Tomga, de la que tuvo una hija llamada Fátima. Sus dos mugeres y cuatro niños disfrutaban de la mejor salud cuando partieron de Bunda.

En el mes de febrero de 1730, sabiendo el padre de Job que habia llegado á Gambra ó Gambia (1) un barco mercante, envió á su hijo con dos criados para vender algunos esclavos, y proveerse de mercancías de Europa, encargándole mucho que no pasase el rio, porque los habitantes de la orilla eran mandingas, enemigos del reino de Foota. No habiendo podido ponerse de acuerdo con el capitan Pike, comandante del negrero inglés, envió sus dos criados á Bunda para que informasen de ello á su padre, declarando al mismo tiempo que su curiosidad le inducia á viajar mas lejos. Con este propósito se arregló con un negociante negro llamado *Laumein Yoa*, que hablaba el idioma de los mandingas, á fin de que le sirviera de guía é intérprete. Cuando hubo atravesado el rio vendió sus negros por algunas vacas.

Un dia el calor les obligó á descansar, para lo cual colgó de un árbol sus armas, que se componian de un sable con empuñadura de oro, un puñal del mismo metal y un carcax lleno de flechas que le habia regalado el rey Sambo, hijo de Jelazi. Su desgracia hizo que una cuadrilla de salteadores mandingas pasase por su lado y lo viese desarmado. Siete ú ocho de aquellos malhechores se echaron sobre él y sobre su intérprete, sujetando fuertemente á ambos con ligaduras. Comenzaron por cortarle el cabello y la barba, lo que consideró Job como el mayor ultrage, aunque no era su intento insultarle tanto como hacerle pasar por esclavo hecho en la guerra.

El 27 de febrero vendieron á Job y á su intérprete al capitan Pike. Este informado de que el esclavo recién comprado era el mismo que hacia pocos dias habia estado en tratos con él, y que habia sido hecho esclavo por una traicion infame, consintió en que le rescatasen con su compañero. Job envió al momento á casa de un amigo de su padre que vivia cerca de Joar, con objeto de que informase de su infortunio á su padre que estaba en Bunda. Desgraciadamente la distancia hasta este punto era de quince jornadas, y el capitan obligado á hacerse antes á la vela condujo á Job á Maryland en América, y le entregó á Michel Denton, factor de Mr. Hunt, rico negociante en Lóndres. ¡Entonces perdió la esperanza de ver otra vez á su anciano padre! Sus jóvenes esposas y sus tiernos hijos no podian ofrecerse á sus ojos mas que como objeto de tristes y dolorosos recuerdos. El único consuelo que experimentó, fué hallar compatriotas que le informaron de que su padre habia enviado por su rescate muchos esclavos, y que Sambo, rey de Foota, habia declarado la guerra á los mandingas, con el solo fin de vengarle.

El factor Denton vendió á Job á un mercader de Maryland, llamado Tolsey. Estele dedicó al principio al cultivo del tabaco; pero observando que era poco á propósito para resistir las fatigas del trabajo, le encar-

(1) Extractos de las *Aventuras de los viageros*, por P. Blanchard.

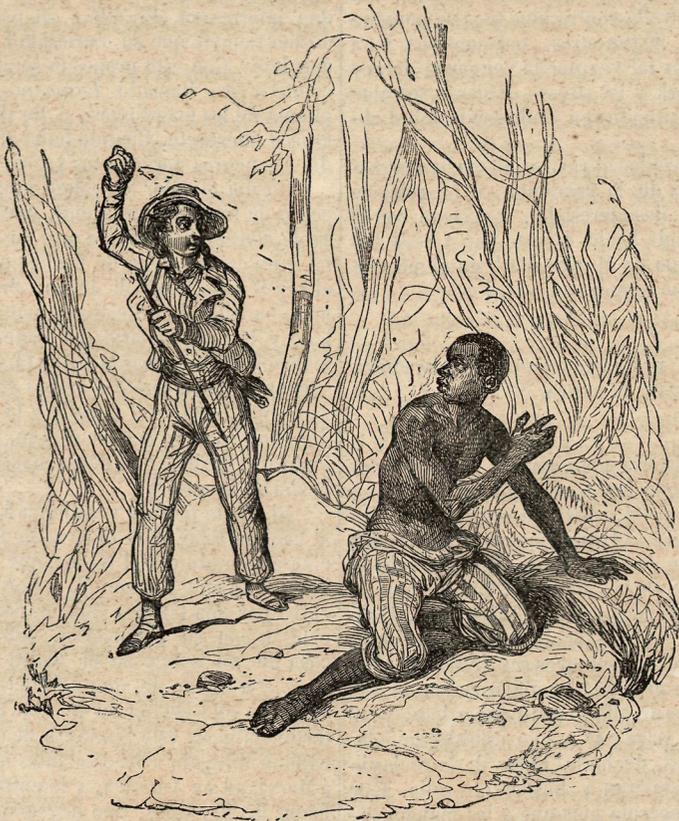
(2) O yollofes.

(4) Las diversas maneras de escribir los viageros los nombres de un mismo lugar, respectó de Africa sobre todo, producen una confusion verdadera en el estudio de la geografia, inconveniente que es preciso salvar al leer las relaciones de los viageros.

gó el cuidado del ganado, ocupacion que le dejaba algun tiempo de mas, durante el cual se retiraba á los bosques, donde se consagraba á sus oraciones. En una ocasion acertó á descubrirle en su retiro un muchacho blanco que tomó á placer el mortificarle y hasta arrojarle lodo al rostro, tratamiento que le pareció tanto mas cruel, cuanto que ignorando el idioma, no podia quejarse á nadie: en su virtud, pensando en su desesperacion que no tenia que temer padecimientos mas horribles, resolvió escaparse. Cruzó los bosques á la ventura hasta el condado de Kent, en la bahia de Lawara, donde fué detenido hácia el mes de julio de 1731; como carecia de pasaporte y no podia esplicarse, le redujeron á prision en virtud de la ley espedita contra los negros fugitivos.

dujó de nuevo á su casa, donde le destinó un lugar cómodo para sus ejercicios religiosos, prodigándole ademas cuanto podia dulcificar su estado de esclavitud. Job, aprovechando las bondades de su amo, escribió á su padre una carta que se remitió á Michel Denton, para que la entregara al capitán Pike, el cual debia encargarse de ella en su primer viage á Africa. Por desgracia Pike habia partido entonces para Inglaterra; Denton remitió la carta á Mr. Hunt; pero para colmo de contrariedad, cuando llegó aquella se habia dado ya á la vela para Africa el barco del capitán que debia llevarla. Esto hacia necesario aguardar á otra ocasion.

En este intervalo llegó la carta de Job á manos del célebre Oglethorpe, el cual tomó á su cargo tra-



Un jóven blanco tomó á placer mortificarle y hasta arrojarle lodo á la cara.

Despues de algunas señas que le hicieron, trazó Job algunas líneas en árabe, y leyéndolas pronunció las palabras *Allah* y *Mahomet* que distinguieron claramente los que le escuchaban. Este testimonio de su religion junto á la repulsa de un vaso de vino que le presentaron, dió á entender que era mahometano, pero no por eso adivinaron mejor quien era y como se hallaba en el canton. Su fisonomía, y sus maneras revelaban mas distincion que en la generalidad de los esclavos. Entre los negros que habia en el pais, se encontró por fin un viejo jolof que entendia el idioma del esclavo; y despues de una larga conferencia con él, informó á los ingleses de las razones de su fuga y del nombre de su amo. Se escribió al lugar de que se habia escapado, y Tolsey mismo en persona acudió por el tratándole despues con mucha dulzura; le con-

ducirla, despues de la cual se escitó su compasion tan vivamente, que empeñó á Mr. Hunt á que hiciera venir á Job á Inglaterra, para cuyo fin le hizo entrega de una cantidad considerable. Mr. Hunt escribió al punto á América; su favor rescató á Job de la servidumbre de Tolsey, y le hizo ponerse en marcha en el *William* mandado por el capitán Wright.

Bluet, autor de su historia, hizo el viage en el mismo buque.

Durante la travesía, se perfeccionó Job en hablar bastante inglés para hacerse entender; su conducta y maneras le granjearon la estimacion y amistad de todos. Era un negro de aventajada estatura, bien formado y de buena constitucion, á pesar de parecer algo endeble y demacrado por los trabajos que habia pasado y sus abstinencias religiosas, que observaba es-

crupulosamente. Su fisonomía era muy agradable, y sus cabellos negros, sedosos, largos y bien rizados, se diferenciaban mucho de los de la generalidad de los negros. Sus cualidades naturales eran bellísimas: poseía un raciocinio sólido, memoria fácil y nitidez de ideas. A pesar de sus preocupaciones religiosas discurría con moderación é imparcialidad; sus observaciones ofrecían todas caracteres de buen sentido, buena fé y amor ardiente hácia la verdad. Concebía rápidamente el mecanismo de los instrumentos, los cuales armaba y desarmaba sin auxilio de nadie, despues de repararlos minuciosamente.

Su memoria era tan extraordinaria, que hizo en Inglaterra por su mano tres copias del Alcoran, que lo habia aprendido cuando tenia quince años, las cuales escribió sin valerse de modelo alguno. Siempre que se le hablaba de olvido, sonreía como de una debilidad de que no tenia nocion. Su genial era grave á la par que jovial, y constantemente dulce y sensible y vivo.

Su aversion por las pinturas era estremada, costándole mucho trabajo obtener que se dejara retratar. Cuando estuvo concluida la cabeza se le preguntó que en qué trage queria parecer, y como escogiese el de su país, se le hizo reparar que no era posible sin haberlo visto antes. A tal observacion replicó prontamente:

—¿Por qué vuestros pintores se empeñan en representar á Dios, que no han visto nunca?

Su religion era el mahometismo, pero rechazaba las nociones de un paraíso sensual y otras tradiciones como esta, admitidas entre los turcos. La base de sus principios era la unidad de Dios, cuyo nombre nunca pronunciaba sin hacer alguna seña particular de respeto. Las ideas que tenia acerca del Ser Supremo y de su estado futuro, parecieron muy razonables á los ingleses; pero su conviccion hácia la unidad divina era tan profunda, que no fué posible hacerle discutir pacíficamente respecto de la Trinidad.

A su llegada á Lóndres en el mes de abril de 1733 no encontró ya al generoso Ogletorpe, que habia partido para Georgia; pero Mr. Hunt le proporcionó alojamiento en *Limehouse*. Mr. Bluet fué al campo á pasar una temporada, y cuando de regreso fué á visitarle le halló con semblante abatido. Este abatimiento nacia de la inquietud de que exigieran demasiado por su rescate ó de pasar á poder de nuevos amos que le llevaran á algun país lejano. Bluet obtuvo permiso de Mr. Hunt para llevarlo consigo á su casa de Chesnut, en el condado de Hertford, prometiendo no disponer de él sin consentimiento de su amo.

Job fué muy bien acogido de las gentes del país, á quienes complacía su conversacion é interesaban sus infortunios. Colmáronle de regalos y abrieron una suscripcion, con la cual se proveyó á pagar su rescate, convirtiéndole de este modo en hombre libre. La compañía de Africa se hizo cargo de abonar hasta su partida los gastos que ocasionase.

Vivió así algun tiempo en una situacion tranquila, ocupándose en visitar á sus amigos y bienhechores. El caballero Haus-Sloana, que era de este número, le empleaba con frecuencia en traducir manuscritos árabes é inscripciones de medallas. Un día, en su casa, manifestó Job vivos deseos de conocer la familia real, lo cual prometió proporcionarle tan pronto como se le habilitase de trage conveniente para presentarse en la corte.

Los amigos de Job le mandaron hacer un rico ves-

tido de seda á estilo de su país, y de este modo fué presentado al rey, á la reina y á los príncipes. La reina le regaló un magnífico reloj de oro; aquel mismo dia le convidaron á comer el duque de Muntagu y otros señores, despues de lo que reunieron y ofrecieron entre todos una regular cantidad de dinero. El duque de Montagu le llevó muchas veces á su casa de campo para manifestarle los útiles de labor y jardinería, acerca de los que encargó á sus gentes le enseñasen su aplicacion. El mismo personage, cuando Job estuvo próximo á embarcarse, mandó hacer para él un gran número de estos útiles, recibiendo tambien crecidos regalos de otros muchos señores. Ultimamente, despues de 14 meses de estancia en Lóndres, se embarcó en julio de 1734 en un navio que se daba á la vela para las márgenes del Gambia.

Job llegó al fuerte inglés el 8 de agosto, para donde llevaba recomendaciones particulares de la compañía para el gobernador y factores del país, que le trataron con obsequio y cortesania. La esperanza de hallar algun compatriota en Joar, que no dista mas que siete jornadas de Bunda, le indujo á partir el 23 en la chalupa *Renombrada*, acompañado de Mr. Moore, que iba á tomar la direccion de aquella factoría, y que dió la continuacion de las memorias de Job.

El 26 por la tarde llegaron al ancon de Damaseusa. Job sentado bajo un árbol con algunos ingleses, divisó siete ú ocho negros, pertenecientes á la nacion de los que le habian reducido á la esclavitud, y á pesar de su carácter moderado pudo apenas contenerse, siendo su primer impulso matarlos. Job iba siempre armado de un sable y un par de pistolas. Mr. Moore le disuadió de su intento, haciéndole cargo de lo imprudente y peligroso de su designio. Hicieron comparecer á aquellos negros para hacerles algunas preguntas, y sobre todo particularmente, para saber qué habia sido de su rey, uno de los asaltadores de Job. Contestaron que habia muerto de un pistolotazo; tenia la costumbre de llevar una de estas armas colgada del cuello, y la casualidad hizo que se disparase una vez y lo dejara muerto. Esta pistola habia sido adquirida entre los demas objetos que el capitán Pike le habia dado en pago de Job. Al saber esta noticia no tuvo límites la alegría de Job, el cual cayó al suelo de rodillas, dando gracias á Mahoma por haber aniquilado á su enemigo con los bienes adquiridos en premio de su crimen.

—Ya veis, dijo á Mr. Moore, que Dios no ha aprobado que me hiciera esclavo; pero sin embargo, le perdono, porque si no me hubiera vendido no sabria la lengua inglesa ni poseeria las mil cosas útiles y preciosas que poseo, ni habria visto la Inglaterra y conocido tan generosos amigos.

La chalupa llegó á Joar el 1.º de setiembre, y al punto despachó Job á Bunda un emisario, anunciando su regreso. Este mensage le confió á un fuli, á quien conocia ya de antemano, el cual mostró al verle una sorpresa y una alegría extraordinarias. Era casi el único africano que se hubiera visto volver de la esclavitud. Job encargaba á su padre que no saliera á su encuentro, puesto que decia, segun el orden de la naturaleza, los jóvenes deben ir en busca de los ancianos; tambien encargó al fuli que trajera consigo á su regreso el mas pequeño de sus hijos, hácia el cual tenia una afeccion particularísima.

Cinco meses tardó en volver el mensajero, y esto para traer malas nuevas. El padre de Job habia muer-

to, aunque con el consuelo de saber antes de espirar el pronto regreso de su hijo y la excelente acogida que habia tenido en Inglaterra. Una de sus mugeres se habia casado durante la ausencia de Job, y su nuevo marido se habia fugado al saber el regreso del primero. Las guerras hacia tres ó cuatro años que desolaban su pais.

Acompañado del mensage llegó uno de los antiguos amigos de Job, con el cual pasó hablando tres ó cuatro dias, sin otro intervalo que el necesario para comer y entregarse al descanso. Job se puso en camino con el gobernador inglés Hull, destinado á un establecimiento mas próximo á Bunda. Job, antes de separarse de los europeos, escribió muchas cartas á sus bienhechores de Londres. Por último, partió definitivamente, sin que despues se haya vuelto á saber nada de él, ó á lo menos sin haber tenido el público noticia suya.

CAMINO DE KABRA A TEMBUCTU.—DESCRIPCION DE ESTA CIUDAD.

El 10 de abril de 1820 me puse en camino para Tembuctu con los criados de Sidi-Abdallahi-Chebir y sus esclavos (1). Durante el tránsito siguiónos un tuarick (2), montado en un soberbio caballo, el cual trató de apoderarse de un esclavo negro; los criados de Sidi-Abdallahi le hicieron cesar de sus importunidades, asegurándole que si al llegar á la ciudad iba á ver á su amo le regalaría alguna cosa. Esta esperanza le tranquilizó algun tanto; pero su atencion se fijó en mí, preguntando muchas veces á los criados que me acompañaban quién era y á dónde iba y de dónde venia. Cuando le hubieron asegurado que no era rico renunció á la esperanza de sacar partido de mí.

Por fin llegamos á Tembuctu en el momento que se ocultaba el sol. Estaba, pues, á la vista de la capital del Sudan, que hacia tanto tiempo era objeto de mis deseos. Sentia una alegría extraordinaria, pero recobrado de mi entusiasmo, hallé que el espectáculo que tenia ante mis ojos no correspondia á lo que me habia prometido: la ciudad, al primer golpe de vista, no ofrece sino un entazamiento de casas de tierra mal construidas. Los alrededores son áridos, el terreno arenisco é ingrato; el cielo que limita el horizonte se ofrece de un color rojizo pálido; todo anuncia tristeza; no se oye el canto de ningun pájaro; pero sin embargo, esta ciudad de negros, su movimiento en medio del desierto ofrece algo de imponente.

Fuí á alojarme en casa de Sidi-Abdallahi, el cual me recibió en un modo paternal, porque estaba prevenida indirectamente de los supuestos motivos de mi viage; me llamó para comer con él, pero no me hizo ninguna pregunta, segun las malas costumbres de sus compatriotas; me pareció de un carácter dulce y reservado, como de 45 años de edad, de regular estatura, grueso y hoyoso de viruelas; hablaba poco y con calma, y de nada mas se le podia reconvenir que de su fanatismo religioso.

Despedíme de Sidi-Abdallahi para retirarme á descansar sobre una esterilla que se habia dispuesto con esta intencion; pero como en Tembuctu las noches son tan cálidas como los dias, no pude permanecer en el

cuarto que se me habia preparado y me instalé en el patio, donde tambien me fué imposible reposar.

Al dia siguiente me dirigí á saludar á Sidi-Abdallahi y despues á recorrer la ciudad, la cual no encontré tan grande ni tan poblada como habia creído: el comercio no corresponde á su pública nombradía; no habia como en Jené la gran concurrencia de extranjeros procedentes de todas partes del Sudan; admirábase la poca actividad que reinaba; sus calles ofrecian poco movimiento; algunos de sus vecinos, sentados en el suelo sobre esterillas, hablaban á la puerta de sus casas; en fin, todo inspiraba la mas profunda tristeza.

Hacia las cuatro de la tarde, cuando declinaba el calor, ví dirigirse al paseo muchos negociantes negros, bien vestidos y montados en magnificos caballos, ricamente enjaezados; pero observé que se apartaban poco de la ciudad por temor de tropezar con los tuaricks.

El calor era excesivo; el mercado al cual acuden los moros de la tribu de Jauat, próxima á Tembuctu, parece casi desierto comparado con el de Jené.

En Tembuctu no se hallan otras mercancías que las que vienen por mar; entre ellas, procedentes de Europa algunas, tales como bujerías de vidrio, ámbar, coral, azufre, papel, etc. Mi hospitalario amigo tuvo la complacencia de mostrarme uno de los almacenes en que guardaban las mercancías europeas; en él habia muchos fusiles franceses, armas que tienen en mucha estima, y magnificos colmillos de elefante.

Tres dias despues de mi llegada á Tembuctu, Sidi-Moark, al cual habia hecho un regalo para tenerle propicio, me dijo que era menester estar pronto para seguir una caravana que partiria para Tafilet de allí á dos dias. Por la noche referí este ofrecimiento á mi huésped, añadiendo que estaba muy fatigado del camino que habia hecho á través del Sudan, y que deseaba descansar quince dias en Tembuctu.

—Puedes permanecer aqui, me dijo, tanto tiempo como desees; en ello tendré gusto y nada te faltará.

En aquellos dias pasé ratos sentado á la puerta de su casa, en los cuales mi imaginacion me sugeria reflexiones muy tristes acerca de los peligros á que se espone el viagero en aquellas regiones; en estos momentos no me hallaba exento de temor, pensando en que podrian descubrirme y sufrir la dura ley de la esclavitud.

La ciudad de Tembuctu está habitada por negros de la nacion Kissans; algunos moros hay establecidos en ella, á los cuales comparaba yo con los europeos que van á colonizar en busca de fortuna, y tienen mucha influencia sobre los indigenas; sin embargo, el rey ó gobernador es negro.

Este principe se llama Osman; es muy respetado de sus súbditos y muy sencillo en sus costumbres; su traje es semejante al de los moros de Marruecos, es comerciante, y sus hijos hacen el comercio de Jené; es muy rico, tiene una infinidad de esclavos y es mahometano muy celoso. Su dignidad es hereditaria; no percibe ningun tributo del pueblo, ni de los mercaderes extranjeros; sin embargo, recibe muchos regalos. Es justo y bueno, y guarda las costumbres apacibles y sencillas de los antiguos patriarcas.

Los moros reconocian entre ellos un superior, pero no son justiciables sino por las autoridades del pais.

A peticion mia me presentó Sidi al rey, que estaba sentado sobre una rica esterilla y reclinado en un

(1) Hombron: extractado del *Viage á Tembuctu*, por Caillé, tomo II.

(2) Merodeador.

rico almohadon. Sidi le anunció que venia á ofrecerle mis homenajes y le refirió mis aventuras; el rey me dirigió la palabra en árabe haciéndome algunas preguntas acerca de los cristianos; me pareció afable de carácter y como de cincuenta y cinco años de edad; vestía como los moros y llevaba en la cabeza un gorro encarnado rodeado de muselina en forma de turbante.

Hay establecidos en Tembuctu muchos moros que poseen muy bellas casas, á quien el comercio enriquece rápidamente. Tembuctu es el depósito de toda la sal procedente de las minas de Tendeyni, sal que trasladan en camellos y en grandes caravanas.

Los esclavos en general son menos desgraciados en Tembuctu que en otras comarcas; los tratan con dulzura, pero no por eso dejan de estar considerados como mercancía.

Estando en la mezquita se aproximó á mí gravemente un moro, y sin hablarme me puso en el bolsillo un puñado de coris, moneda del país. Tan rápidamente se alejó, que no tuve tiempo de darle gracias; sin embargo, me sorprendió el modo delicado de dar limosna.

La ciudad de Tembuctu tiene como tres millas de circunferencia y forma una especie de triángulo. Las casas son grandes, pero de poca elevación, y en general están construidas de adobes de forma circular desecados al sol.

Tembuctu contiene siete mezquitas; dos de ellas con su correspondiente torre de ladrillos, á las que se sube por una escalera interior.

Esta ciudad misteriosa, acerca de cuya poblacion como de su civilizacion y comercio se tienen ideas tan exageradas, contendrá unos diez ó doce mil habitantes, incluso los moros establecidos, y todos dedicados al comercio.

Aunque una de las capitales mas considerables de Africa, no tiene otro recurso propio que su comercio de sal; de Jené estrahe cuanto necesita para su consumo; el carbon es artículo muy escaso en las cercanías, tienen que traerlo de muy lejos, lo que hace que solo puedan emplearlo los que cuentan con una fortuna regular.

En un extremo de la ciudad tienen practicadas anchas escavaciones de 33 á 40 pies de profundidad, que contienen gran cantidad de agua procedente de las llovedizas; es bastante clara, pero tiene gusto desagradable y una temperatura elevada. Alrededor de estas albercas hay algunas pequeñas plantaciones de tabaco, que por cierto no le producen del mejor. Las personas ricas no compran sino tabaco de Marruecos. Los habitantes de Tembuctu no fuman, pero los moros nómadas que habitan las cercanías usan pipa.

Los comerciantes de Tembuctu compran á los habitantes de Busbehey, poblacion pequeña á dos jornadas de Tembuctu, los ganados, dando en cambio mijo y arroz.

Los negros y los moros no se ocupan mas que del comercio, y tienen muy escasos conocimientos en geografia. A todos los que he pedido informes acerca del curso del rio, me han contestado que pasa por Haoussa, y va á perderse en el Nilo; pero no he podido inquirir datos mas exactos acerca del gran problema de la desembocadura del Dhioliba, el cual resolverá algun viagero mas dichoso.

Los naturales de Tembuctu poseen cuatro mugeres, como los árabes; pero no tienen como los man-

dingas la crueldad de castigarlas, lo que debe atribuirse á sus relaciones con los pueblos del Mediterráneo, las cuales les han hecho adquirir algunas ideas acerca de la dignidad del hombre.

En Tembuctu no tienen encerradas á las mugeres como en el imperio de Marruecos; salen cuando quieren y son libres de ver á todo el mundo. Los habitantes son afables con los estrangeros, industriosos é inteligentes en el comercio, y guardan en su persona y habitaciones un aseo escesoivo. Sus utensilios de cocina consisten en algunas calabazas y platos de madera; no conocen el uso de la cuchara y el tenedor; no tienen mas mueblage que algunas esterillas para sentarse, y forman su cama con cuatro piquetes clavados en el suelo, á los que enlazan una esterilla ó piel de becerro. Los ricos tienen una manta de algodón y un cobertor fabricado por los moros de las cercanías con pelo de camello y lana de sus corderos.

Los moros ocupan las mugeres en vender sus mercancías por las calles, y tambien las envían al mercado á establecer sus tenderetes. Estas mugeres visten con cierto arte y aseo; su trage principalmente consta de un sayo como el de los hombres, sin mas diferencia que carecer de mangas. Para las tocas adoptan modas diversas, pero generalmente se componen de una *fatara* de muselina ó de otra tela de algodón procedente de Europa. Aderezan con mucha gracia sus cabellos; la trenza matriz, del grueso del pulgar, arranca de la parte posterior de la cabeza y la colocan inclinada hácia la frente, rematándola en una sortija de cornerina. Para sostener el pelo en esta posicion gastan almohadillas y ademas le prenden con cuentas de coral, de ámbar, etc. Se untan de grasa el cuerpo y la cabeza, y ademas se adornan con muchos collares y un anillo que les atraviesa la nariz.

Todos los negros de Tembuctu están en estado de leer el Alcoran, y hasta le tienen imbuido en el corazon, pues lo aprenden desde la niñez.

Los víveres son muy caros en Tembuctu, y me encontrara en grande apuro, si como en Time hubiera estado en el caso de proveer á mi subsistencia. Al bueno y generoso Sidi-Abdallahi debo mi regreso por el gran desierto, pues no poseia mas que un valor en mercancías de 23 piastras, que reservaba para comprarme un caballo, á fin de trasladarme hasta el mar, bien pasando por el desierto ó volviendo hácia el Oeste. Confieso que la travesía del Sahara en una estación tan seca me asustaba mucho, pues temia no poder soportar con tan escasos recursos las privaciones y fatigas del viage, acrecidas por el viento abrasador que reina continuamente y que hace intolerable el calor. Sin embargo, despues de maduras reflexiones me decidí definitivamente á sobrellevar los grandes peligros á que me esponia la gran sequía, aventurándome con una caravana en las movedizas arenas del desierto. Pensaba que si efectuaba mi regreso por Segó, Samandaing y nuestros establecimientos de Galam, pondrian en duda mi llegada y mansion en Tembuctu los envidiosos del éxito de mi viage, en tanto que regresando por los estados berberiscos impondria silencio el punto de mi llegada.

Sidi-Abdallahi me daba cada dia nuevas pruebas de su buen corazon, pues hasta me ofrecia, si me quedaba en Tembuctu, mercancías con que hacer el comercio de mi cuenta y poderme hacer con fondos para regresar á mi país sin auxilio de nadie. El temor de ser descubierto junto al deseo de volver á mi